



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Misnébalam la leyenda del pueblo fantasma

Ricardo Cabrera
Abril 18 de 2020

En 1921, las cosas parecían finalmente haber salido de control en la hacienda de Don Francisco G. Márquez ubicada en el municipio de Progreso en Yucatán. Misnébalam era parte de la bonanza henequenera de la época, unas 170 personas se apretujaban en un pequeño poblado alrededor de la hacienda. Aunque pequeña, en comparación con las grandes haciendas de la península, la producción era suficiente.

Don Francisco, regresaba a la hacienda, le acompañaba su hijo y algunos de sus empleados. Los caminos



blancos de piedra caliza, levantaban una pequeña nubecilla de polvo, los árboles bajos propios del lugar los flanqueaban. La tarde calurosa los agobiaba, los caballos se notaban nerviosos y miraban desconfiados hacia los lados. Cabalgaban despreocupadamente, pronto llegarían.



Por la cabeza de Don Francisco cruzaban los últimos acontecimientos que ensombrecían el otrora apacible lugar. Lo sucedido a Julián –Juliancito- como solían llamarle, le enfurecía sobremanera, pero los sucesos posteriores le erizaban los vellos de la piel.

Sus ojos se perdieron en el camino frente a él, la blanca caliza se abrió espacio como una página, lo sucedido le llegaba con tanta nitidez como si estuviera ocurriendo nuevamente.

Hasta la casa grande llegaron las voces acaloradas de la peonada, se escuchaban también los gritos de mujeres que corrían hacia la casa de uno de ellos. Ante la algarazara exterior, salió y preguntó que ocurría.

- ¡Juliancito! El niño se mató. La mujer llorosa no se detuvo, continuo su carrera hacia donde los demás se dirigían.

Se caló el sombrero y se dirigió al lugar, era terrible, el niño de unos nueve años se balanceaba en una rama baja de un árbol de guayas. La cuerda basta de henequén aprisionaba el cuello del menor. Había muerto recién, la madre aún se hallaba prendida a los pies del menor.

Don Francisco vivamente emocionado dio instrucciones inmediatas de bajar el cadáver, ya en el suelo, la madre se abalanzó sobre él, no era posible separara del niño.

La mujer hablaba en su dialecto, los presentes escucharon entre las frases entrecortadas, que ella lo había dejado en la entrada de la casa con su pelota de hilo, que el niño se entretenía solo. No entendía que había ocurrido.



Uno de los peones juraba haberlo visto salir de uno de los almacenes, el niño lloraba mientras corría hacia su casa, señaló que su impulso fue alcanzarlo, pero el capataz requirió de sus servicios y ya no supo que había ocurrido.

Al levantar el cuerpo y llevarlo al interior de su casa, Don Francisco notó que la ropa del menor estaba manchada de sangre. En el interior, solicitó lo revisaran. Las evidencias eran claras, el niño había sido atacado por alguien. El violador debía ser uno de los mismos peones. La indignación de los peones era feroz, buscaron al violador, pero no pudieron dar con él. El recelo, la sospecha sobre la identidad del agresor, recaía entre todos. Se miraban con desconfianza.

A partir de ese día, las cosas empezaron a ir de mal en peor, se suscitaban altercados sin causa aparente, las agresiones frecuentemente llegaban a las manos o incluso se retaban a muerte con los machetes listos para ello. La tranquilidad huyó del pequeño poblado junto con la identidad del victimario.

Si solo hubiera sido eso, pensó para sus adentros. Sin embargo, casi en forma inmediata a la muerte del niño se suscitaron eventos que sumieron a los pobladores en el más supersticioso temor.

Se empezó a correr la voz sobre las apariciones del niño. Los columpios donde solía pasar las tardes, se movían solo, aun cuando la ausencia de viento hacia irrespirable las tardes calurosas. Aunado a esto, el fantasma se hizo presente, por las noches se aparecía cerca del almacén donde fue atacado, se le veía en el pozo, los animales se asustaban sin aparente motivo. En ocasiones se escuchan risas, y había otras en las cuales se escucha el grito desesperado del niño, solicitaba la ayuda que nunca llegó, y ahora después de muerto seguía pidiéndola.



El tiempo transcurrió y a esta cadena de males se sumó la baja producción en el lugar, algunos de los pobladores se marcharon del lugar, sentían miedo de las apariciones de Juliancito. Alegaban que mientras quien lo había orillado a quitarse la vida, todos estaban malditos por no haberlo ayudado.



Don Francisco se sentía profundamente consternado. Le hubiera gustado ser de más ayuda, pero no se habían dado las cosas como él hubiera deseado.

Súbitamente, sus pensamientos se vieron interrumpidos, el caballo se había negado a seguir avanzando, de entre los árboles, un grupo de hombres armados le salió al paso. Iban embozados y se dirigieron donde ellos.

Los salteadores iban a por él. Mantuvieron separado al resto del grupo. El ataque se dio sin piedad hacia Don Francisco, ante la mirada atónita y llena de terror de su hijo y acompañantes.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Los bandidos se cebaron solamente en el cuerpo del padre. Lo vieron caer de su caballo, el suelo polvoso lo recibió mortalmente herido. Los asaltantes lo dieron por muerto y se retiraron del lugar. Era claro que iban directamente por la humanidad del hacendado.

Las autoridades lo tomaron como un ajuste de cuentas. El ataque hacia el dueño de la hacienda fue tomado por los pobladores del lugar como un síntoma más de la maldición que pesaba sobre ellos.

Poco a poco, el pueblo se fue quedando sin gente. La hacienda fue cayendo en el abandono, sus propietarios se fueron del lugar. Las apariciones de Juliancito eran cada vez más frecuentes.

Hoy día el pueblo fantasma recibe la visita de algunos aventureros de lo paranormal, ha sido objeto de investigaciones, se han logrado captar presencias inexplicables y psicofonías de un niño que pide ayuda.

Misnébalam pervive entre los árboles bajos de la sabana yucateca que intenta devorarlo. Antes de que el pueblo ya no exista, ¿Te atreverías a ir una noche cualquiera para consolar el alma de Juliancito que pide ayuda? 